



Las solteras y las casadas.

HASTA hace poco tiempo, cada vez que alguien me hablaba de la mujer argentina, y de su belleza morena, y de su virtud famosa, y de su elegancia exquisita, yo no pensaba sino en las damas que en París representan gloriosamente á Buenos Aires; y creyendo haber encontrado una fórmula gráfica para expresar una verdad evidente, decía:

—Es una española educada en el Sacré Cœur y vestida en la rue de la Paix...

Mas ahora que he tenido el honor insigne de verla de cerca; ahora que he respirado con respetuosa voluptuosidad el aroma ligero que su cabellera exhala; ahora que, por una gracia especial, debida, sin duda, á mi

carácter de confesor laico, he oído algunas de sus confidencias, ya mi frase resulta, si no falsa del todo, por lo menos algo pueril y algo presuntuosa. ¿Española la argentina? De española tiene, sin duda, los ojos, la palidez mate, el talle nervioso y las manos finas... Sólo que, en cuanto uno se acerca un poco, nota que, aun en lo puramente exterior, hay diferencias. Contemplad, en efecto, á las muchachas que ocupan las tribunas del Jockey Club en las carreras, un día de gala, y os sorprenderá el número de cabelleras rubias. Vedlas luego andar por las alamedas de Palermo y notaréis en el acto que la elegancia de que todas hacen gala, y que no es una elegancia de trajes, sino de maneras, de ondulaciones, de gestos, no tiene nada de andaluza, ni menos aún de castellana. Y ó mucho me equivoco, ó en lo moral y en lo sentimental pasa lo mismo. La luminosa gallardía del alma hispana matízase aquí, merced á una educación más refinada, de mil reflejos cambiantes, de mil matices translúcidos.

—Esas son las apariencias—me dice alguien.

Puede que sí... Pero ¿qué es la gracia so-

cial sino una apariencia? Muy en el tono, muy en el fondo, es probable que entre la polaca de ojos de agua y la turca de ojos de fuego no exista diferencia ninguna. Son los detalles de cultura, las menudencias en el modo de comprender los problemas morales, las suavidades más ó menos exquisitas al hablar, la mayor ó menor coquetería, en fin, lo que establece la originalidad del tipo. Y en este sentido, la argentina ó, mejor dicho, la porteña soltera y de familia distinguida tiene ya un relieve que le permite ser reconocida en todas partes del mundo.

Y si no me refiero sino á las solteras es porque casi puede decirse que son las que componen la verdadera sociedad elegante de Buenos Aires. Después de la norteamericana, despótica reina del hogar, la *jeune fille* más mimada, más atendida, más festejada y más envidiada es la criolla. «Este país—escribe Jules Huret—está considerado cual el »paraíso de las niñas casaderas.» Entre los dieciséis y los veinte años, en efecto, una muchacha de la buena sociedad se halla aquí en la verdadera época de su independencia y de su felicidad. Todo en el seno de su familia parece hecho para halagarla. Las fies-

tas se dan para que ella luzca sus galas y sus encantos. Ella manda, ella dispone; á veces, ella tiraniza. Ella, libre, altiva, vive entre nubes de incienso. Y, sin embargo, en lo único en que la incauta sueña es en perder su cetro de princesa para dejarse atar al carro de Himeneo.

*

La primera noche que asistí á una representación en el teatro de la Opera hube de observar el cuadro encantador que presentan los palcos, al parecer sólo poblados de muchachas.

—¿Aquí no hay mamás?—pregunté.

—Sí—me contestaron—, sí las hay; pero no ocupan las delanteras, como en Europa, sino que abdican en favor de sus hijas.

Luego, al conocer mejor la sociedad argentina, he notado que no sólo en el teatro abdican las madres. En cuanto una mujer se casa hay en ella algo como un gran renunciamento, como un don de toda su voluntad, de toda su coquetería, de toda su personalidad. El hombre en América, lo mismo que en España, es un árabe en cuestiones de amor. Sarmiento, en Argelia, creía ver á

cada instante en los bellos caballeros del desierto el rostro y la apostura de los jinetes de la pampa. Por mi parte, es en los caballeros de la ciudad, en los más finos, en los más cultos, en quienes descubro, apenas toco el tema del amor, un destello de ferocidad musulmana. Y no se necesita ser gran psicólogo para penetrar en este secreto nacional. El mismo Clemenceau, con sus setenta años, notó que, en cuanto se quedaba solo con una señora, el marido de ésta acudía á interponerse entre ambos. Y otro viajero que no es francés, sino español, lo que debiera hacerlo menos severo para juzgar esta idiosincrasia criolla, escribe: «El argentino, en su hogar, por más fórmulas que emplee, siempre es el señor y amo, el dueño celoso, el tirano omnipotente, y la mujer, por lo general más culta que él, se inclina ante esta realidad por una sumisión atávica que le viene, á través de nuestra España, de la vieja morería.» ¿Hay exageración en esto?... No me dirijo á las veinte ó treinta damas que viajan y que, á fuerza de energía, han conseguido una independencia como la de las mujeres francesas, alemanas ó rusas, no; esas son, por ahora,

excepciones. A las que hago mi pregunta es á las infinitas mujeres que viven encerradas en sus jaulas de oro de Buenos Aires, y que cuando salen sienten siempre los dos ojos vigilantes del que las cuida con la constancia escrupulosa de un guardián de tesoros.

*

Yo tuve el honor de ser invitado á cenar hace pocas noches en casa de un antiguo compañero del Barrio Latino, que es hoy uno de los médicos más distinguidos de Buenos Aires.

—Vivo con mis suegros—me dijo—, porque una de mis cuñadas, la mayor, está siempre enferma y no puede separarse de mi mujer. Para que veas un verdadero hogar argentino, hemos invitado también á las otras dos cuñadas, ya casadas, y á sus maridos. En fin, con decirte que seremos unas quince personas en la mesa...

Cuando á las siete en punto, como estaba convenido, me presenté en la deliciosa casa de Belgrano que habita mi amigo, una institutriz francesa, muy elegante, ponía flores en los jarrones del salón.

—Excuse usted á las señoritas—me dijo—; pero están un poco atrasadas... El doctor va á llegar en seguida...

Me senté ante un retrato de Boldini que representa á una encantadora morena de inmensos ojos ojerosos y de labios encendidos como las llamas. «¿Qué puede hacer aquí esta imagen del pecado?», pensé, extasiándome ante aquella tela tan terriblemente parisienne.

De pronto un ruido ligero me hizo volver la vista. Una puerta acababa de abrirse. Mas no era mi amigo, ni eran sus cuñadas quienes acudían. Eran unos cuantos chiquillos de cinco ó seis años, todos igualitos, todos risueños, todos curiosos, que me miraban con simpatía y extrañeza.

—Venid—les dije, yendo hacia ellos.

En el acto todos salieron corriendo como pájaros asustados.

Mi amigo llegó en aquel mismo momento, y para hacerme, sin duda, pacientar me enseñó las obras de arte amontonadas en su salón.

—Mira una cabeza de cera de Zonza Briano, tu escultor... y aquí, para que no se me acuse de parcialidad, un busto de bronce de

Irurtia... Este es un Rochegrosse... ¿lo reconoces?... Es uno de los más luminosos del gran pintor... Este es un Anglada, una maravilla, ya lo ves, una vista de España.

—¿Y esto?—le pregunté, señalando el lienzo de Boldini.

—¡Ah, sí!... Es mi mujer antes de casarnos... Ya la verás... Ha cambiado... Los chicos... ¡Figúrate que llevamos siete años juntos y que ya poseemos cuatro herederos!...

Un momento después, en la mesa, yo había buscado en vano á la dama del retrato. La esposa de mi amigo, muy bella aun, tenía, no una expresión de pecado, no, sino un aire de languidez perezosa. Su hermana la enferma, viuda según supe después, era una imagen del luto y del silencio. Las otras dos hermanas casadas parecían indiferentes á todo y á todos. En cambio, las dos solteras, dos muchachas de dieciocho y veinte años, llevaban en los ojos toda la luz de las ilusiones y en los labios toda la miel de los deseos. Estas eran las únicas que hablaban, las únicas que parecían enteradas de las cosas, las únicas que demostraban tener opiniones, ideas, voluntad, vida.

Yo no había visto nunca ni á aquellas da-

mas, ni á sus maridos, ni á los novios de las más jóvenes... Mi amigo no me había hecho jamás la menor confidencia sobre su familia... Y, sin embargo, experimentaba la sensación extraña de conocer á todas las personas que me rodeaban. ¡Qué digo! Hasta la historia de cada una de ellas sabía. Las casadas llevaban una existencia retirada y monótona, sin más paseos que los obligados á Palermo, en el fondo de un automóvil, en compañía de sus hijos. Sus maridos, con excepción de mi amigo, eran muchachos ricos que se pasaban el tiempo en el Club y que de vez en cuando, para hacer ver que ellos eran los amos, los tiranos, los dueños, tenían una pequeña aventura galante que hacía algún ruido. En las mejillas de la mayor veíanse recientes huellas de lágrimas... Los dos hermanos, dos chicos guapos, afeitados, con el pelo muy lustroso, echado hacia atrás, no pensaban sino en casarse con dos niñas muy ricas, muy ricas... Uno de ellos tenía ya todo arreglado. El otro, Enrique, encontraba con el inconveniente de que el papá de su novia, un italiano millonario, no tenía gran fe en él.

«¿Dónde—preguntábame—, dónde he entrado yo así en la intimidad de esta familia?» Y por más esfuerzos que hacía no lograba explicármelo.

«No—me decía—, no es cierto, no los conozco.»

Pero en seguida, en una sonrisa, en una mirada, en un gesto, veía que sí los conocía á todos, y que los conocía á fondo. «¿Cuándo os casáis?», estuve por preguntar á las solteras. La mayor de las dos, muy bella, muy clásicamente bella, tenía un novio algo extraño, que aun no la había hablado claro de amor y que, sin embargo, todos consideraban como su futuro esposo. Era un muchacho hermoso, rico y de ilustre familia. La menor, enamorada de un empleado público, sólo esperaba el permiso de su madre para casarse...

Ciertas frases hacíanme ver que todo aquello era cierto. No obstante, yo seguía, inquieto, interrogándome interiormente y diciéndome: «¿Es en otra vida donde así he penetrado en las intimidades de la familia de mi amigo?...» Y de tal modo llegó á obsesionarme tal idea, tal convicción, mejor dicho, que cuando algo más tarde el doctor me acompa-

ñaba hacia la avenida de Mayo le pregunté:

—¿Hay muchas familias como la tuya aquí?...

—¿Como la mía?—exclamó—. ¿Como la que acabas de ver?... Yo creo que todas, en Buenos Aires, son más ó menos iguales... ¿Conoces tú alguna otra?...

—No... nada mas que la tuya...

En aquel mismo momento, cual un relámpago, pasó por mi memoria el lugar en que había visto antes á las mujeres y á los hombres con quienes acababa de cenar. ¿Y sabéis dónde era? Entre las páginas de una novela criolla que se titula *Stella*...

*

Una cosa me chocó en la realidad, cual antes me había chocado en la novela de César Duayen, y es la docilidad con que una niña argentina pasa de la gran independencia de la vida de soltera á la gran sumisión de la existencia conyugal. Porque las argentinas son, quizás, las que con más absoluta independencia disponen de sí mismas cuando se trata de elegir. Hay en una preciosa novela de José Luis Cantilo una escena significati-

va que de seguro chocará á las *jeunes filles* francesas que la lean. Cierta tarde de moda en el Plaza-Hotel, las señoritas Rodríguez Azara ocupan su sitio acostumbrado en el vasto *hall* del té y de la orquesta. De pronto un amigo de ellas acércase al gracioso grupo y, llevándose á la menor, Clarita, á un canapé, «al abrigo de las curiosidades indiscretas», comienza á hablarla de amor como de la cosa más natural del mundo. Aquí, para no pecar de exagerado, quiero dejar la palabra al delicado psicólogo que nos refiere la aventura:

«Emancipado por fin el joven—dice—no agotaba el tema. Se esforzaba en explicar á Clara cómo y por qué la quería; luego, sin mayor transición, hablaba de sí mismo; se pintaba tal cual deseaba ser, creyendo pintarse tal cual era, y concluía con una visión de porvenir en que por anticipación la incluía á ella.

—Mi posición me permitirá hacerla feliz; será usted como una reina.

»Clara no atinaba á ordenar sus impresiones. Una emoción natural y diversa la poseía, hecha de incertidumbre, de satisfacción y de recelo, todo ello unido á una tur-

»bia noción de ensueños malogrados, de ilusiones desvanecidas. Sea lo que fuere, cuenta á un corazón juvenil, abietto en perpetua ofrenda, sustraerse á la lisonja del amor, venga de quien venga, y Clara experimentaba en ese instante la secreta, la inconfundible fruición. Estaba á punto de enamorarse... del amor.

»Iba á replicar cuando, mirando en derredor, vió que, acalladas las conversaciones, se les observaba con disimulo de todos los ámbitos del *hall*. Laura y Mecha comentaban el aparte en voz baja con Valboa. Las de Mengoechea y las de Alvarez, en el centro de un grupo, prolongaban de pie la despedida, volviéndose de vez en cuando para atisbar las actitudes de Tacini. Figueras cambiaba sonrisas con las del Cerro. La señorita de la *Vida Social* tomaba notas. Evidentemente, la declaración había transcendido, estaba en el aire y todos la husmeaban.

»Tacini suplicó por fin:

—No soy un impaciente, sabré aguardar su respuesta; pero por favor, Clara, no se vaya sin darme una palabra de esperanza... »Clara...

»Ella bajó los ojos, y haciendo girar maquinalmente el collar de perlas en torno del cuello:

»—Déjeme un poco de tiempo—le dijo suavemente...—. Tenemos que hablar. Tenga paciencia... Más no puedo decirle hoy...»

Ya lo veis... En este país, donde una mujer casada, según la opinión general, es casi una reclusa que no tiene derecho á hablar á solas con un hombre, ni á recibir visitas de amigos, ni á salir por las calles á pie sin una acompañante; en este país algo árabe para la esposa, la soltera tiene más libertad moral y sentimental que en Francia y usa de ella con un desparpajo que sólo las señoritas de Nueva York llevan más lejos aún.

¿En qué consiste este contraste entre la vida *ante* y la vida *post* himeneo?

—En que lo único importante es encontrar marido—dicen algunos.

Y esto, á fe mía, parece cierto. Toda la existencia de las familias, con su diplomacia y sus luchas, con sus alternativas de entusiasmo y de desesperanza; con sus despilfarros y sus aparatos de vanidad, se concentra alrededor de la grande, de la única idea, que

es el matrimonio de los hijos. La casa entera se ocupa y se preocupa de ello. El padre, la madre, los hermanos, los parientes, los amigos, todo el mundo, en fin, toma parte en la cacería matrimonial. Las envidias y los rencores sociales, las enemistades, las intrigas para sobresalir, hasta la ruptura entre allegados, vienen, por lo común, de las peripecias de los noviazgos contrariados. Leed una novela criolla y veréis que nunca falta la obsesión casamentera con su terrible cortejo de complicidades, que si no fueran, como lo son, ingenuas y casi patriarcales, chocarían en una sociedad cual la argentina.

Lo único que ennoblece estos cuadros algo caricaturescos es la libertad de las muchachas. Y no me refiero á la libertad que las permite oír declaraciones en un sitio público, sin evocar siquiera, como se hace en Europa, en el momento de responder á ellas, el nombre de los padres, no, sino á la grave, y noble, y bella libertad de rechazar los partidos que no gustan á su corazón, aun en los casos en que la familia está empeñada en la realización del casamiento. Cuando una señorita porteña dice «no quiero», ya la mamá

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sabe que es inútil insistir. Y así, si la cadena es pesada, la que la lleva tiene, por lo menos, el consuelo de pensar que nadie se la impuso.

*

Lo que á mí me deja perplejo cuando reflexiono en ello es que las deliciosas argentinas, que han sido educadas en todos los refinamientos de la cultura moderna, que han viajado, que conocen la existencia de las mujeres europeas, puedan tan de buen grado convertirse apenas se casan en las silenciosas y casi solitarias damas de quien todos hablan con admiración algo piadosa. ¡Y si á lo menos tuviesen estas esposas, cual las españolas y las árabes, la consciencia modesta de su inferioridad ante el marido!... Pero no sólo no es así, sino que casi todas ellas están, desde el primer momento, convencidas de que son, intelectual y moralmente, muy superiores al hombre que han escogido para dueño. En una encuesta abierta poco ha por la revista *Nosotros* para tratar de saber si la mujer es en Buenos Aires realmente superior al hombre, se ha visto que todo el mun-

do ha contestado de una manera afirmativa. He aquí una de esas respuestas:

»Hay aquí, en la Argentina, mucha gente »rica que ha empezado su carrera (de ganancias) con un principio humilde y hasta en »extremo pobre. Todas las mujeres, salvo »raras excepciones, que yo conozco de ese »otro mundo que el nuestro son más cultas »que los hombres. Ellos hoy son comerciantes, han ganado mucha plata. Ellas han »adelantado, han cultivado su espíritu hasta donde sus alcances les han permitido; »leen.

»Ellos saben sacar cuentas, sobre todo de »multiplicar, enfilando números gordos; están al corriente del movimiento de Bolsa »y qué precio han alcanzado en Amberes los »rollizos de quebracho; pero... sus espíritus »están en la misma envoltura opaca, que no »permite llegar hasta ellos un rayito de luz »que ilumine esas tinieblas...

»Paseando una vez por una de *las estancias* »de uno de éstos, íbamos admirando la esplendidez de los campos, y él, el señor del »cuento, dijo con énfasis, creyendo hacer una »comparación de dejarnos admirados de su »talentazo: «Miren ese cielo tan azul y ese

«campo ¡verde como un azabache!» ¡Auténtico!»

Y esta respuesta, escrita por un hombre, es una de las más suaves. Otras hay en la encuesta de *Nosotros*, muchas otras, que llevan firmas femeninas y en las cuales se afirma con mayor energía y con más cruel ironía la diferencia entre la educación del joven y la de la joven.

*

A decir verdad, aun sin necesidad de encuestas, todos nos damos cuenta, cuando tenemos el honor de tratar, en Buenos Aires, á algunas familias distinguidas, de esta superioridad femenina.

—¡Qué quiere usted!—murmuran, resignados, los hombres—. Ellas llevan una vida que las permite leer mucho, mientras nosotros, apenas llegamos á los dieciocho años, ya comenzamos á pasarnos la mitad de la existencia en la calle... Además, nosotros, si somos estudiosos, nos consagramos á las especialidades de nuestras carreras y no tenemos tiempo de formarnos culturas de adorno, de las que sirven para brillar en sociedad.

Sea por lo que sea, lo cierto es que, mientras los hombres verdaderamente intelectuales, de una intelectualidad amplia y refinada, componen una *élite*, las mujeres—ó, mejor dicho, las niñas—, que pueden hablar de todo y hasta sobresalir con su delicadísimo diletantismo cosmopolita, son innumerables. No sé si es Clemenceau quien cuenta que un día, en un almuerzo, un diplomático alemán dijo:

—Señoras: yo hablo muy mal el castellano... En cambio, creo hablar bastante bien el francés y el inglés, sin contar mi lengua...

—Pues hable usted cualquiera de las tres, lo mismo nos da—le contestaron á coro las señoritas presentes.

Si no todas, muchas porteñas de buena familia pueden decir lo mismo... Y todas, sin excepción, conocen á fondo el francés, y en francés hablan á menudo y en francés leen casi siempre. Y no vayáis á creer que sólo son novelas lo que leen. En muchísimas ocasiones, durante las cuatro semanas que llevo en Buenos Aires, me he sentido *épaté*, así, como suena, al notar la variedad de los conocimientos literarios y artísticos de las muchachas que más superficiales son en

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

apariencia. Pero lo que *épate* más todavía que esa gentil sabiduría es el tino con que todas saben administrarla para huir del horrible, del insoportable, del detestable pedantismo. ¡Ah! No es aquí, no, no es en estos salones gorjeantes donde nos exponemos á encontrarnos con la peligrosa discípula de Bergson, que entre dos vales nos pregunta austeramente lo que pensamos de la evolución creadora.

Muy femeninas siempre y muy exquisitas en todos sus actos, las argentinas saben poner hasta en lo grave, hasta en lo árido, una delicadísima coquetería. Esto se nota en las frecuentes discusiones suscitadas por las obras teatrales que representan las *troupes* francesas, españolas é italianas. La plática comienza siempre en términos frívolos, en los cuales los trajes de las actrices ocupan un lugar preferente. Pero poco á poco el tono sube, el análisis se torna muy sutil, las ideas generales se abren camino... Un paso más, y todas caerían en el escollo de lo solemne. Sólo que antes de ese paso las lindas damiselas se detienen y, entre sonrisas, vuelven hacia el punto de partida, como si nunca

hubieran querido alejarse de los trajes ni de las frivolidades.

Es en estos momentos justamente cuando la idea de la española vestida en la rue de la Paix y educada en el Sacré Cœur se desvanece para obligarnos á reconocer un tipo nuevo de *jeune fille* que, poseyendo encantos físicos que pueden siempre tener mucho de españoles y encantos espirituales que proceden, sin duda, de París, goza ya de una indiscutible originalidad seductora. Y lo extraño, lo milagroso, es que esta *jeune fille*, que ha nacido y se ha creado en un medio en el cual los más visibles defectos son el amor desaforado de las riquezas, el desdén de la cultura desinteresada y lo que aquí se llama «la parada», logre realizar, con su elegancia exterior é interior, el tipo perfecto de la discreción refinada. Todo en ella, en efecto, revela el instinto de la medida, de la armonía, de la delicadeza, del matiz. Su charla, como su *toilette*, sus maneras, como sus miradas, indican una espiritualidad aristocrática.

*

—¿Cómo se explica usted—me dice un amigo — que esta porteña, que conoce su su-

perioridad sobre el hombre de su país, acepte, una vez casada, las leyes sociales que le quitan su independencia?...

A muchas argentinas, solteras y casadas, las he hecho con mil miramientos esta misma pregunta. Todas han sonreído y se han callado. Sólo una, una que no es ni casada ni soltera, una viuda de treinta años, admirable de belleza y extraordinaria de inteligencia, me ha dicho:

—Vosotros, los hombres, tenéis una idea muy falsa de nuestras necesidades sentimentales. Se os figura, en primer lugar, que un caballero, para hacerse amar de una mujer culta, necesita tener cualidades espirituales é intelectuales. Esto es una tontería. Lo que deseamos todas, todas, todas, es un hombre que nos guste, aunque no sepa ni leer ni escribir. En la escala de las seducciones, el valor personal, las habilidades deportivas y la elegancia, tienen, por lo común, más precio que el talento. Claro que siempre, aun en la familia-tipo de *Stella*, hay algunas excepciones, y que ciertas muchachas prefieren un intelectual sin galanura á un galán sin cerebro. Pero esto, aquí lo mismo que en la China, es la excepción... Y en

cuanto á nuestra esclavitud tan glosada, puede que no sean siempre nuestros pobres maridos quienes nos la impongan. Hay en nosotras mismas, no sé por qué singular atavismo árabe ó español, un amor del hogar que nos invade el alma apenas nos casamos. Y como somos celosas por naturaleza, y como sabemos que nuestros maridos lo son también, nos esforzamos por evitar toda ocasión de herir sagradas susceptibilidades. A esto se le llama la virtud argentina. ¿Es virtud realmente? ¿Es más bien pereza, horror de la lucha, miedo del escándalo?... Nadie podrá jamás decirlo. Lo cierto es que para huir de las murmuraciones, tal vez también de las tentaciones, vivimos, en efecto, en una reclusión que espanta á las francesas y que indigna á las norteamericanas. Pero así somos felices, muy felices, y no nos cambiamos por ninguna otra mujer del mundo...

—Pero usted—le pregunto—, usted que es libre, joven, rica, bella, ¿no se siente más dichosa que cuando su marido le hacía vivir encerrada, sin poder recibir amigos ni salir sola á su antojo?...

—Yo—murmura—, yo... ¿Quiere usted que le diga la verdad?... Yo suspiro por mis

cadena, como los españoles del tiempo de Fernando VII...

Y ahora, pensando en esto, recuerdo las confidencias de una dama árabe que declaraba solemnemente á un parisiense espantada que no hay en el universo suerte comparable á la de las moradoras de los harems... Y así la explicación que antes buscaba en razones de psicología la encuentro, al fin, en el eterno arcano del alma femenina...



Perfiles de hombres.

La "élite".

EN las calles de Buenos Aires—dice Jules Huret—no he visto ancianos.» Yo tampoco los he visto. Ni los he visto en el seno de las familias, ni siquiera en las oficinas públicas, que en todas partes son feudos para la vejez.

—¿Qué hacéis con vuestros abuelos?—le he preguntado á alguien.

Y me ha contestado:

—¡Pero si estamos invadidos por ellos!... Vea usted el número de personas de más de cincuenta años que todavía figuran en la política...

Aquí cincuenta años es la edad de los apóstoles, de los que ya han terminado su